

## LECCIÓN SEPTIMA

En que la santísima Virgen enseña al alma las ventajas de la Comunión.

*Alma.*—Perdonad, Madre querida, que tan temprano moleste vuestra atención soberana.

*La Virgen.*—Yo te lo permito con mucho gusto, hija mía; más ¿cuál es la causa de esa prisa que hoy demuestras y el deseo que se pinta en tu semblante de oír mis explicaciones?

*Alma.*—¡Oh Señora! cuando padecían hambre en el desierto los israelitas, clamaban muy temprano á las puertas de las tiendas de Moisés: ¿cómo queréis que yo descansa habiéndome prometido el pan divino y celestial del alma?

*La Virgen.*—Cuánto me alegra, hija mía, verte hambrienta de Dios y deseosa de comulgar! tus santos deseos contrastan admirablemente con ese general descuido y criminal tibieza en que viven los hombres, apartados de este dulce banquete, ¿quién creyera que hubiese pobre necesitado que por

no querer recibir el pan, quedase muerto de hambre? ¿quién podría imaginar que el enfermo á quien se ofrece la salud, neciamente la despreciara? Esas son las almas que pobres y necesitadas del celestial consuelo y de la divina fortaleza para saber vencer sus enemigos, se aprestan á la batalla sin armas y sin víveres; esas son las almas tibias y enfermas, que ardiendo en pasiones no ven en la Eucaristía el remedio de su flaqueza, las armas para vencer en la lucha, la medicina que da á el alma el consuelo y la salud. ¡Oh Jesus de mi vida, en esto han parado tus finezas! así es correspondido el encendido y abrasado amor de tu pecho pagado por los hombres con vil desprecio, no queriéndote recibir sino una vez en el año! estimando en más los intereses terrenos y los humanos consuelos, que el recibir de balde, inmensos tesoros de gracias celestiales y el suavísimo consuelo de albergarte en sus pechos! ¡Oh desgraciados! y cómo temo que vengáis á ser leña seca para arder en eternas llamas! Decidme, desventurados: ¿qué os ha hecho Jesus sa-

cramentado para que así huyáis y le volváis las espaldas? Si estáis muchas veces enfermos, ¿no va mi Hijo muchas veces á visitaros á vuestras casas? Pues ¿por qué, miserables, estando buenos no venís á la suya á buscarle? Aprended siquiera de los perros que no abandonan la casa donde les dan el pan, pues ¿por qué vosotros no buscáis á un Dios que se os franquea, ni hacéis caso del Pan de los ángeles, que en la mesa eucarística se os ofrece? Perdonadme, hija mía, que no es á tí á quien tan sentida queja dirijo.

*Alma.*—Proseguid, Madre mía, proseguid, porque yo soy una de esas ingratas, yo quien en otros tiempos, para disculpar mi falta de amor á JESUS sacramentado, solía decir: que la Iglesia solo una vez al año nos manda comulgar.

*La Virgen.*—¿Una vez al año! ¿qué ciega vivías! ¿cuán enemiga de tu dicha! y ¿cuán engañada del demonio! una vez al año manda solo la Iglesia, ¿qué necedad! óyeme éstas razones: una madre que tiene un hijo muy enfermo é inapetente, anda cuidadosa y con

ruegos é instancias “hijo mío, le dice, á lo menos este bocadito,” y ¿quién será tan necio en pensar que esta madre cariñosa no quiere que coma sino aquel bocado? ¿quién se persuadirá que aquel bocado le basta?

*Alma.*—¡Oh Madre mía! claro se ve que no, la madre se contenta con aquel bocado, para alentarle á tomar otros muchos.

*La Virgen.*—Pues así puntualmente lo hace nuestra Madre la Iglesia con el desganado hijo: lo ve postrado en la cama de sus vicios, amante de los bienes de la tierra, é inapetente y descuidado de los eternos. «Comulga á lo menos una vez al año, hijo mío,» le dice; mas su deseo es que todos los días comiera con provecho este dulce y celestial manjar, porque, hija mía, los fieles en los primitivos siglos comulgaban todos cada día; después del tercer siglo, aun era costumbre el comulgar cuatro días á la semana.

*Alma.*—Pues según eso, Madre amada, viven muy lejos de Dios la mayor parte de los cristianos.

*La Virgen.*—Ese es mi dolor, hija querida.

*Alma.*—¡Ay! ¡ay! que me temo les venga á suceder como á la matraca; que no se oye sino una vez al año, por la Semana Santa, mas como es de palo, viene á parar en el fuego; así estos infelices que solo por Semana Santa piensan en comulgar, temo y paréceme con razón que han de parar en el infierno.

*La Virgen.*—Ruega mucho por ellos, hija mía, ruega mucho, porque así como el frecuentar el sacramento agosto y tenerle afición, es una señal bastante cierta de la futura gloria, pues comienzan ya en el destierro á gozarse de Dios, así es señal de condenación el no tenerle afición ni recibirle, pues empiezan ya apartándose de Dios.

*Alma.*—¡Oh qué terrible es eso, Madre y Señora! yo me decido á comulgar con frecuencia. ¿Qué he de hacer, Madre mía?

*La Virgen.*—Hija querida; de no frecuentar la comunión están tan perdidas las costumbres, tan arraigados los vicios, tan comunes los escándalos, tan

despoblada la casa de Dios y tan lleno el infierno. Comulga, hija mía, que la comunión contiene y encierra riquezas inmensas en cuya comparación los tesoros del mundo son arena despreciable; y si para el cuerpo que es el esclavo, quieres la camisa limpia, la comida más gustosa, el vestido más rico y la mejor casa; y si caes enfermo abandonas los negocios y empleos y gastas los intereses, para que consigas la salud, ¿qué debes hacer por la pobrecita alma que es la señora? ¿Cómo tendrás valor para negarla el sustento Eucarístico que le conserva la vida? Da, pues, de mano, al enemigo infernal que con oculta astucia busca tu perdición, poniéndote dificultades inútiles y advirtiéndote cosillas y excusas con falso brillo y título de obligación fingida. Comulga con frecuencia, hija mía, si quieres tu salvación.

*Alma.*—¡Oh, sí, Madre querida! sí, yo me someto; básteme oírlo de vuestra preciosa boca; más permitidme que os pida nuevamente ¿qué es lo que debo hacer?

*La Virgen.*—Dejemos esa explicación para otro día si te parece.

*Alma.*—¡Oh Señora!

*La Virgen.*—Toma mi bendición.



### LECCION OCTAVA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma á disipar los temores de comulgar con frecuencia.

*La Virgen.*—Bienvenida, hija mía, ven aquí Junto á mí, y celebraremos las dulzuras de la comunión; porque aunque oyeras las músicas celestiales y tuvieras la dicha de aplicar tus labios á las sagradas llagas de mi Hijo y en tí se imprimieran y recibieras mil favores de mi mano, todo es nada si lo comparas con la dicha de comulgar una vez, porque como acontece al deshacerse en el fuego dos pedacitos de cera que con la más íntima unión ya no se pueden separar; así Jesús y el alma dichosa que le recibe dignamente únense por el amor de tal manera, que el alma está en Dios y Dios en ella por participación.

*Alma.*—¡Oh Madre mía, cuán encendida estoy en el santo deseo de comulgar; toda la noche estoy pensando en ello; ¡pero no es un atrevimiento, en mí, Madre querida? eso de comulgar

con gran frecuencia es cosa buena para las almas virtuosas, más para mí que soy mala y que apenas entiendo como debo hacerlo una sola vez ....

*La Virgen.*—Qué es lo que dices, hija mía; comulga con frecuencia para aprender á ser buena; este es manjar de sanos y de enfermos; de enfermos, para verse sanos y de sanos para no enfermar; y si no sabes, comulga con frecuencia y aprenderás: ¿has visto alguno que aprenda un oficio sin ejercitarlo? No seas como aquellos, que no quieren frecuentar la comunión so pretexto de que tienen muchas obligaciones y negocios á que atender, pues yo te digo: que los que no tienen muchos negocios deben comulgar con frecuencia porque tienen para ello comodidad, y los que tienen negocios porque de ello tienen mucha necesidad.

*Alma.*—¡Oh no, Madre, yo sí que tengo tiempo, y mi confesor me lo permite; pero no es eso, es que no sé disponerme y unas veces se me figura que el confesor no me entiende ó no me sé explicar, y tengo más pecados de los que creo tener, y acaso sin sa-

berlo haré una comunión sacrílega en que sea más la pérdida que la ganancia.

*La Virgen.*—No, hija mía, esos son antojos de un espíritu cobarde que no ha comprendido el amor que mi Hijo tiene á las almas, ó ilusiones del enemigo que tiene grande interés en que la comunión no se frecuente; no tengas miedo, hijita, si no sientes conciencia del pecado mortal, llégate á comulgar y pide á tu confesor que te permita gustar con frecuencia ese dulce y sabroso manjar, porque á fuerza de adorar y comer la hermosura, la bondad y la pureza misma que se encuentra encerrada en este augusto Sacramento como en su fuente, te volverás toda hermosa, toda bondadosa y pura. Y en cuanto á que no te veas libre de faltas é imperfecciones, ¡oh hija mía! ni los santos se vieron libres; el servir á Dios sin imperfecciones es cosa de regiones altas; cuando vengas conmigo á gozar de la patria celestial, entonces verás que aquí se sirve á Dios sin imperfección; pero mientras te encuentres en el destierro, por muy lige-

ramente que pises, algún polvo se ha de levantar, y por más limpio y aseado que ande el molinero, algún polvo de harina se le ha de pegar. Y en fin, si recelas llegarte á comulgar por el tropel de batallas que te combaten, y por las peleas que has de sostener con tus iniquidades y tentaciones, haz un esfuerzo sobre tí y llégate á recibir devota á JESÚS sacramentado, sabiendo que mayor mérito logra el alma sufriendo y resistiendo tales combates, que si envuelta en suavidad y dulzura y en admirable quietud le recibiera; que seguramente no habría cosa que más alentase al enemigo que ver que con sus sugerencias lograba que dejases la comunión.

*Alma.*—Estoy altamente satisfecha y convencida, Madre amada, y os doy palabra de frecuentar la comunión, más si no temiera molestaros....

*La Virgen.*—Habla, hija mía.

*Alma.*—Yo quisiera una regla para saber la frecuencia con que debo....

*La Virgen.*—¡Oh hija mía! tu regla es tu confesor, más para que en esto sepas á que atenerte, observa en primer lu-

gar: que son enemigos de CRISTO los que te persuaden y te apartan de la frecuencia de la comunión; así lo dijo el Señor á Santa Gertrudis, "Hija mía, siendo mis delicias estar con los hijos de los hombres, cualquiera que á alguno que no está en pecado mortal le persuade con palabras ó de alguna manera le aparta de recibirme, ese me impide y me quita mis delicias y mi regalo. Segundo que uno de los principales frutos de está frecuencia, como lo dice el Concilio de Trento, es librar á las almas de las culpas cotidianas y preservarlas de las caídas en el pecado mortal; y así se vé en las que la frecuentan, que ó no caen en pecado mortal, ó si caen, pronto se levantan

Supuesto esto, tu primera regla y principal ha de ser comulgar con toda la frecuencia que puedas y te permitan tus ocupaciones, con consejo de un prudente confesor, sin hacer caso del que dirán y persuadiéndote que será agradable á Dios lo que te acerca y te transforma en él.

Segunda. Que los días que no comulgues y antes de comulgar sea tu prepa-

ración encenderte en deseos, porque á medida de tu deseo será lleno tu corazón. Y para que sepas le que valen esos deseos, quiero referirte lo que aconteció á una sierva mía llamada Agustina, que dirigía Santo Tomás de Villanueva: había de ir de un lugar á otro y levantábase temprano para poder recibir á Jesús todos los días; un Jueves Santo que llegó á la iglesia despues que el Señor fué colocado en el monumento y no era posible recibirlo, fué tal la pena de no poder satisfacer sus ardientes deseos y tales sus lágrimas y gemidos, que Jesús, el enamorado de las almas, no pudiendo resistir la fuerza que hacían á su amable corazón tales deseos, mandó á sus ángeles y aparecieron ante su sierva dos manos que la traían visiblemente su consuelo y semejante á este milagro es el de mi querido hijo San Estanislao de Koska, porque entrando alegre en una Iglesia por recibir á Jesús y viendo que era de protestantes en que no hay Sacramento, fué tal su pena y sus lágrimas y tan grande su deseo, que en el camino diéronle la comunión los ángeles. Y para que veas lo que intere-

sa aun el solo mirar con ternura y devoción á Jesús sacramentado; oye lo que reveló el Señor á Santa Gertrudis: Que cuantas veces se mira el Sacramento con amor, ó con fervor se desea recibir, otras tantas se aumenta la gracia, y por consiguiente el mérito á que corresponderá un grado de gloria y felicidad en el cielo. Entra, pues, dentro de ti, hija mía, y segun estas reglas, consulta á tu confesor la frecuencia que te conviene.

*Alma.*—Sí; lo haré, Madre querida y no pararé hasta que pueda comulgar todos los días.

*La Virgen.*—Ese es el deseo de la Santa Iglesia de Dios, expresado en el Concilio de Trento, y ese es el mayor consuelo que puedes dar á mi Hijo. "Vive de tal manera que seas digna de comulgar cada día."

## LECCION NONA.

En que la santísima Virgen enseña al alma los frutos de la vida de oración.

*Alma.*—Ya estoy aquí á tus plantas, Madre mía.

*La Virgen.*—Mucho madrugas hoy, hija querida.

*Alma.*—¡Ay Madre mía! ¿se puede descansar dormir cuando se ama?

*La Virgen.*—¡Conque tan encendida estás en el divino amor!

*Alma.*—¡Oh! mucho, mucho....

*La Virgen.*—Cuidadito no vayas ya á presumir. ¿Sabes lo que pasó al Icaro de la fábula? diéronle alas y como tan dulce es volar, subió... se remonlto hasta las nubes, mas como las alas eran de cera, el sol las derritió, y e-pobre Icaro cayó al suelo y se mató.

*Alma.*—¡Ay Madre mía! me habéis asustado ¿será posible que yo vuelva á ofender á mi Dios, y matar mi alma por la presunción?

*La Virgen.*—No tanto quise decir, hija querida, sino que como hace poco

eras gran pecadora segun decías y yo te ví llorar y exclamabas en tu dolor que no eras digna.....

*Alma.*—Es verdad, es verdad ¡oh Señora! perdonadme, no supe lo que me dije, pero es tanta la alegría en que el alma envuelta vive cuando trata con su Dios... y como Vos misma me enseñásteis.....

*La Virgen.*—¿Qué es lo que yo te enseñé?

*Alma.*—Que el verdadero amante cuando trata á su Dios en la oración y cuando se alimenta del divino manjar que se da en la comunión viene á dejar de ser hombre viviendo en carne y á vivir hecho Dios por participación.

*La Virgen.*—Es verdad; mas ¿no recuerdas lo que añadí?

*Alma.*—¡Oh si Madre mía! ninguna palabra vuestra se me ha olvidado; Vos me enseñásteis que para gozar de tan divina unión, era preciso desnudarse del hombre viejo y vestirse de Dios.

*La Virgen.*—Cabalmente, ¿y lo has practicado?

*Alma.*—¿No sabéis Vos la transformación que en mí se ha hecho? Ya sé yo, Madre mía, que es obra vuestra, que es la divina gracia quien mudó mi corazón, ¿pero puedo yo negar que soy otra?

*La Virgen.*—No hija mía, ni pienses que es humildad negarlo.

*Alma.*—Si me permitierais una comparación que se me ocurre.

*La Virgen.*—Habla, hija mía.

*Alma.*—Antes de conoceros y de servir á mi Dios, era yo semejante á un príncipe, que criado en el campo al lado de unos pastores, ignorando su noble origen, comía, cantaba y hablaba, trabajaba y dormía, como lo hace un pastor; mas habiéndole revelado su ilustre nacimiento ¿no fuera necesidad seguir del mismo modo trabajando y comiendo por la sola razón de estar acostumbrado? y ¿quién se lo permitiría? y aunque costase trabajo mudar de costumbres; ¿qué penas no arrastraría? ¿y qué dulces serían sus penas? ¿No es esta mi historia, Madre amada? antes era del mundo, ahora ya soy de Dios, Vos me habéis ense-

ñado la vida del cristiano que es vida de oración, y en ella he aprendido que no soy del mundo sino de Dios ¿cómo puedo tener los mismos pensamientos y obrar del mismo modo? Antes estimaba en mucho las cosas que son del mundo, ahora no debo estimar en algo, sino las cosas que son de Dios; antes mis pensamientos se reducían á ver cómo en este mundo podría pasarlo más divertida y cómodamente, ahora, no pienso sino en el cielo, y los tesoros y goces que allá me esperan, y este mundo tengo por tan poco y juzgo por tan grande necesidad estimar sus cosas, que me inspiran gran lástima esos hombres infelices que desalados corren tras los placeres é intereses. Cuando yo vivía sumida en esas miserias como ellos, mis palabras eran tales cuales la pasión del momento las dictaba: cualquier suceso que contradecía mis empeños era un motivo para perder la paz, agitada como la hoja del árbol que diversos vientos combaten, ya súbitamente me arrebatava hasta las nubes, ya desgraciada me arrastraba por los

suelos, sumida en la desesperación ó en la tristeza; mas hoy, Madre querida, la oración es mi consuelo, la comunión mi alimento, y la gracia del Señor derrama en mí tan suave paz, que yo temo no sea esto ya la paga que el Señor ofrece á los que en este mundo le sirven.

*La Virgen.*—No tengas ese temor, hija querida, porque da Dios á los que le sirven, el ciento por uno, que son esos bienes espirituales que enumeras y valen en comparación de los bienes de este mundo que despreciaste como ciento por uno y da también la patria celestial; esta es la que poseerás, hija mía, en recompensa del amor con que sirves al Señor.

*Alma.*—Mucho estimo la gloria, Madre amada, porque es la posesión de mi Dios por toda la eternidad, mas si esa gloria que espero no esperara, os aseguro que con el mismo fervor le serviría, pues es digno mi Dios de ser servido por solo ser quien es y más que suficiente recompensa es á mi ver, el merecer servirle y gozar de su consolación. ¿Quién no se anima á servir á

un Dios tan amable que da por recompensa de mezquinos servicios, la paz del corazón? Sí, Madre mía, cuando la gente del mundo dice que tiene paz, no dice la verdad; yo por mí sé decir que mis deseos eran un confuso tropel de exigencias apasionadas, que armaban guerra sin tregua á la paz de mi corazón; la moda, pedía gastos que el interés me negaba; la diversion, exigía mortificaciones que la comodidad no podia sufrir; mas hoy, Madre querida. ¿Cuáles son mis pensamientos y mis deseos? Vos los sabéis; yo no pienso sino en agradar á mi Dios á quien he hecho dueño de mis afectos; mi Dios exige desprendimiento del mundo y yo no se ver en los intereses, en las diversiones, en los honores y alabanzas, sino peligros y tropiezos y entretenimientos deniños: mi Dios exige la mortificación de mis pasiones, y mi consuelo mayor es poder ofrecerle alguna cosa que dé pena á mi cuerpo y contradiga mi propia voluntad; y es tanta la consolación que en ello siento, que bien veo ser verdad, que su yugo es suave y su carga ligera; mis deseos y pensamientos,

en fin, nose extienden mas allá del día presente y cuando al acabar la semana me confieso; paréceme que renazco y vuelvo á nueva vida y empiezo otra vez renovada á servir á mi Dios con gran fervor; y de esta manera siempre alegre y feliz, paso la vida sin pena alguna y envuelta en suave paz.

*La Virgen.*—Bien, hija mía, bien. ¿Ves cuál es el fruto de la vida devota? ¡Oh si lo entendieran las gentes del mundo y cuántos sacrificios hicieran por confesar y comulgar á menudo y cómo correrían ansiosos de gozar tanta dicha!

*Alma.*—Si lo entendieran y gustaran, Madre amada, el mundo sería la antecámara del cielo y por la gracia, convertido en paraíso de deleites espirituales.

*La Virgen.*—Ve por el mundo, pues, y predica esa doctrina y atrae los corazones al yugo santo de Dios.

*Alma.*—Sí, lo haré, Madre querida, dadme vuestro permiso y bendición.

*La Virgen.*—Tómala en el nombre del Señor.

## LECCION DECIMA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, el camino de fe, en que el alma debe vivir.

*Alma.*—Gracias á Dios que beso vuestras plantas, Madre mía.

*La Virgen.*—Gracias al bondadoso Dios, hija querida; llegué á pensar que no gustabas de volver á ver mi cara.

*Alma.*—Reñidme, Madre mía, reñidme que tenéis mucha razón ¡oh cuánto he padecido! Y cuánta violencia hubo que hacer al corazón inquieto.....

*La Virgen.*—¿Qué es eso que te pasa?.....

*Alma.*—Yo no lo sé, Señora, mi corazón padece y goza á un mismo tiempo, no sé explicarme, os tengo por mi Madre, os amo tiernamente, sé que sois bondadosa y sin embargo tiemblo en vuestra presencia y hasta llegar aquí he padecido tormentos indecibles.

*La Virgen.*—Pero, ¿por qué?

*Alma.*—Pensaba que me habíais de reñir, que me teníais justamente aborrecida, que mis muchos pecados me hacían merecedora del infierno y.....